

Obras y Autores:

Gonzalo Drago: "La Esperanza No se Extingue"

Por HERNÁN DEL SOLAR

Acostumbrados a sentir pisar por la literatura de estos años, constantemente, vientos de pesimismo y desesperación, nos atrae la actitud afirmativa que se muestra en el título de esta obra: "La esperanza no se extingue". Sobre todo, tristes de una novela, que es donde, por lo general, los escritores vuelcan más profusamente el crítico desamparo de nuestra época. Para conocernos a su autor. Otras obras suyas nos han puesto junto a las pruebas a que ha sido sometida la esperanza, sin conseguir que se extinga. Se ha hallado en medios duros, inhóspitos, entre gente reida por la miseria, y no se ha apagado su llama vital.

A toda su obra anterior, tanto como a este libro, sirven las palabras de Tennessee Williams que son el epígrafe de la novela: "La vida es una historia suelta de la que sólo podemos purificarla enfrentándola sin miedo". Ahora, lo mismo que antes, el novelista se enfrenta con la vida, observa cómo desgarra al hombre, y también cómo le cura y custodia, no se ciega creyéndola buena o mala, la mira en su proceso de ir siendo, para cada hombre, sólo ella misma, sin cambio, a pesar de sus múltiples apariciones, eterna y perenne, ventura y desventura, única razón de ser en el mundo. No tiene otro significado que ser lo que es: vida. Y de aquí su belleza, la necesidad de amarla, porque nada más se puede. Y con ella están todas las posibilidades para que el hombre se construya un destino, o se deshaga por completo.

Gonzalo Drago les da a sus personajes, lucida u oscura, esta conciencia de la vida. Todos, aun el más miserable, no tienden sino a vivir, a estar en el mundo, y cuando sienten maldecir de la existencia no es sino porque la quieren otra, diversa a cómo la viven, y en el fondo de sí mismos, hasta en el instante desesperado, sienten que no puede morir la esperanza, que es preciso encontrarla, tenerla.

En esta novela, que edita Nueveveinte, Gonzalo Drago no hace sino confirmar sólidamente lo que muchos de sus cuentos y su novela "El purgatorio" aseguraron: es uno de los escritores chilenos de más evidente valor. Si esto puede sorprender a algunos — cosa que, con seguridad, sucede — es por que estamos habituados a ignorarnos. Principalmente entre escritores. A cada rato oímos opiniones rotundas — así siempre contrarias — acerca de autores que el opinante nunca ha leído. Los juicios, equivocados o no, se repiten. Esta es una obra que leer y juzgar con un conocimiento verdadero.

Gonzalo Drago es uno de nuestros escritores realmente valiosos por la sencilla razón de que posee una rica experiencia de la vida, porque su imaginación es leal a la realidad, porque su facultad de sentir es fina y honda, y porque — dueño de su lenguaje — puede expresarlo todo con exactitud, lo mismo la emoción clara y digna que el pensamiento bestio y turbio de algún personaje, o las más variadas sensaciones. En cualquier caso — el sombrío o el transparente — el estilo con que el novelista lo trata es de una gran sencillez. Es esta una de sus características: ser siempre sencillo, natural. No le entorpecen la entrada a las más complejas intimidades de algunos de sus personajes esta frase simple, recta de que se vale para cruzar sus narraciones, donde siempre hay actos difíciles y cosas que no se captan con mirada fugaz. Así, pues, Gonzalo Drago — recto escritor de hoy — no le teme a la claridad de la expresión, que es claridad de la mirada frente a hombres, sucesos, cosas que constituyen la vida de sus novelas, ni tampoco se alejaba ante la exigencia muy propia de mostrar lo que siente, ajeno a las incitaciones de la moda, a los gustos y preferencias que no le pertenecen.

Así como en "El purgatorio" sobrevivió con firmeza y presencia un lugar de la vida tan áspero como es un cuartel en

su cotidiana actividad, sin perder en ningún momento la calma para mirarlo todo sin prejuicio ni dominante odiosidad, así en "La esperanza no se extingue" cruza por un espacio y tiempo angustiosos como es la existencia en un hospital, donde a diario está la muerte escurriéndose todo, así que se le escape nace la serenidad para abarcar la visión del sufrimiento. La obra tiene como narrador a uno de los enfermos. Es un escritor atrapado por la tuberculosis. En la sala donde se encuentra hay numerosos enfermos de las más diferentes formas y condiciones, de distintas edades, de muy diversos temperamentos. El novelista presenta a cada uno de ellos con trazos tan vigorosos que se vuelven inolvidables. El lector siente que se halla con ellos y comparte sus fatigas, entiende sus objeciones, y solidaria con la pobre esperanza que de vez en cuando le tocaba a uno la mirada, a otro le afirmaba la voz, o a cualquiera de ellos le permitía decir unas cuantas palabras que se alcanza a detener la auténtica situación del enfermo, sólo conocida por los médicos, escasos por lo general de explicaciones, y por las enfermeras, que a menudo se atienen a un comportamiento profesional, de gestos medidos, rutinarios, y frases que poco o nada significan. El narrador es hombre que todo lo ve con una extraordinaria nitidez, y no procura, en su soledad, sino llegar al conocimiento más cabal de sí mismo, de cada uno de los que con él conviven en la sala, de todo aquel que para ante su mirada observadora, llenado de experiencias, que la reflexión ordena y reviste de significaciones, el enfermo va entrando más y más en el secreto inabarcable de la vida, a medida que esta le ha amesetado con abandonarle. La narración se desenvuelve en diversos planos: el del pasado, el del presente; el de la memoria, que recorre lugares y años, y el de la observación, que vigila el paso de las horas, la vida personal y la de cada enfermo, que de una u otra manera se revela, ya sea por voluntaria confidencia, o por voces, gestos, silencios, miradas llenas de posibles interpretaciones. El narrador ha sido desde niño poseedor de una vívida sensibilidad. A ratos recuerda cosas y las cuenta como si se tratara de otro. "Era un niño tímido y callado que pasaba largas horas en el huerto de la casa, tendido sobre la hierba seca, escuchando el chirrido de las chicharras o admirando el inquieto vuelo de las mariposas entre los rojos cardenales. Todo le parecía nuevo y misterioso. Bajo el gigantesco quitán del castaño que cubría el fondo del huerto, abría la cubierta esbada del fruto, con temblor asombrado la reluciente escama, recién barnizada por las manos de la naturaleza, y recogía los frutos con alegría, separando los más hermosos con el único fin de contemplarlos. Los guardaba como en aviro, en una rústica bolsa de locuyo. Su madre, a veces, lo separaba con cariño: "— ¡Por Dios, niño! ¿Para qué guardas tantas cosas? Dámelas para comerlas, mejor". El niño movía la cabeza negativamente. Sonreía. Habría podido decir: "Son para mirarlos. Nada más que para mirarlos", pero se habría reído de él, y eso no lo podía soportar. Nunca pudo soportar que se movieran de él. Prefirió, en esos casos, como ahora, refugiarse en sí mismo y sonreír. Tenía la sonrisa fácil. Una sonrisa un poco triste, que desarmaba a los agresivos y gustaba a las muchachas".

Con su callada sonrisa, el narrador va aprendiendo que no se ama sino la vida, y que ésta nunca extingue la posibilidad de la esperanza. No se engaña ante la peor realidad, no teme afrontar lo más penoso, y esto le da valor para ser solidario de todos los hombres, para entenderlos y desear, para ellos, la esperanza como íntimo consejo. Este es el tema de la novela, el gran tema de la vida abordado por un escritor de admirable sencillez, profundidad y realismo.

Gonzalo Drago: "La esperanza no se extingue" [artículo]
Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gonzalo Drago: "La esperanza no se extingue" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa